

Los Trabajos de Sísifo

por RAMON DIAZ



Sísifo fue condenado por los dioses a repetir indefinidamente el mismo trabajo: debía empujar una gran piedra cuesta arriba; cuando lograba llegar a la cima, la piedra rodaba cuesta abajo, y debía empezar de nuevo. Los que nos esforzamos por promover la alternativa de una sociedad liberal estamos sometidos por nuestros pecados, a una tarea parecida. Hay un tipo de acusación de índole ética contra nuestra propuesta que se lanza una y otra vez, con persistencia realmente sisífica. Uno explica, se esfuerza por llevar la cuestión al plano racional, procura establecer contacto sobre él con los contradictores. Todo en vano. Nunca discuten. Jamás polemizan. Simplemente repiten. Y uno tiene que volver a empezar.

Hay un grupo de estudios que se autotitula de "economía humana". Hay un señor Loebl, que escribió un libro llamado **Humanomics**, lo que viene a traducir la misma idea, que logró alguna reseña entusiasta en nuestra prensa. Desde los ángulos más variados, le recuerdan a uno que la economía es para el hombre, y no el hombre para la economía. Han acuñado una palabra nueva —**eficientismo**— para designar una secta maléfica, que querría celebrar sacrificios humanos en el altar de Mamón.

¿Por qué? ¿Cuál es la explicación? Evidentemente, al postular un adversario desalmado, inhumano, carente de toda compasión, se construyen hombres de paja, cuya posterior decapitación no tiene mérito alguno. Obsérvese que no le dicen a uno: de ponerse en práctica, sus ideas llevarían a un desastre de inhumanidad; o han llevado, aquí, allá o acullá, a resultados de ese género. Ojalá así dijeran, porque en ese caso sería posible discutir y debatir; con suerte, librar algún enfrentamiento decisivo. Le dicen a uno, en cambio: ustedes **quieren** una sociedad desastrosamente inhumana, se afanan por lograr un resultado esencialmente inmoral. No es fácil responder. Nunca ha sido fácil defenderse de acusaciones absurdas.

¿Qué hace uno, entonces? ¿Ignora, sencillamente, las imputaciones descabelladas? No parece sensato. Si hay una oferta tan nutrida de esa argumentación inherentemente tan insustancial, es porque tiene que haber una demanda también importante. Sin duda, el mercado existe. Los que se dedican a escribir sobre la supeditación de las leyes de la econo-

mía a la moral, sobre la crueldad, de la eficiencia, y todo lo demás, no son tontos. Sólo lo son sus argumentos. Y eso quiere decir que, tontos y todo, hay quienes se los compran. Y si se los compran, por algo será. Siempre hay una razón para el mercado, aunque ella sea poco razonable.

Eso sí: no es cuestión de seguir refutando siempre lo mismo. Si uno tiene que impulsar el pedrusco peñas arriba, por lo menos que no sea siempre por la misma senda. Hoy quiero dirigirme a usted, lector, que cuando oye que la economía es para el hombre, y otras vacuidades por el estilo, le suenan bien. Le suenan, es cierto, solamente. Nunca se había puesto a pensar sobre el tema. Posición, lo que se dice posición, no la tiene tomada. Pero para descartar semejantes inanidades tiene que realizar un esfuerzo intelectual apreciable. No debería ser así, pero lo es. Cuando usted oye los **slogans humanómicos**, si me permite llamarlos así, su médula les da un cierto asentimiento. Después, con fortuna, tienen que venir las neuronas a desfacer el entuerto. El problema no está, pues, en su cerebro; está en sus reflejos. Que no son, por supuesto, suyos en sentido estricto, sino de su medio, de la cultura desde la cual usted vive. Ahí, precisamente, está el mercado que los humanómicos cultivan.

¿Cuál vendría a ser, entonces, mi tarea? Contrarrestar una publicidad subliminar que probablemente lleva varios siglos sedimentándose en los subconscientes de nuestra subcultura, no es faena trivial. Pero, vamos, ¿qué tenía Sísifo que a los de BUSQUEDA nos falte? ¡Arriba con la piedra!

Para el racionalismo el escándalo último, insuperable, parece consistir en la pretensión de que un orden social aceptable pueda ser el resultado de fuerzas sociales no deliberadas. Esto es explicable, pero al mismo tiempo, en su intensidad, sorprendente.

A la gente, racionalista como es, no parece molestarle de manera semejante que los grandes idiomas hayan alcanzado sus prodigiosos niveles de belleza, expresividad, precisión y plasticidad, a través de un proceso de cooperación social anónimo, en su detalle radicalmente inaprehensible por la razón humana. Podemos entender perfectamente que alguien haya inventado el esperanto, pero el surgimiento de un nuevo idioma —qué digo, el nacimiento de una sola palabra— y su evolución, tan clara, pero al mismo tiempo tan misteriosamente interrelacionada con los demás aspectos de la cultura, nos sumen en la perplejidad. Si fuera consistente, la gente tendría que ser esperantista, y escandalizarse con el fracaso de este artefacto lingüístico; y, ante el éxito del inglés, el mandarín, o el castellano, dar rienda suelta a su indignación. "Acepto las leyes de la mor-

fología o la semántica", deberían proclamar, "sólo si quedan sometidas a las leyes de la moral". O algo por el estilo. Pero no lo hacen. Tácitamente aceptan que hay formas de cooperación social espontánea, anónima, multitudinaria, que funcionan satisfactoriamente. No entendemos cómo, pero eso no les lleva a oponernos rabiosamente a que funcionen.

¿Qué ocurre con el derecho? Porque el derecho es otra de las áreas en que la cooperación social espontánea ha sido el elemento creador, por milenios. Nuestra razón no está hecha para comprender esta clase de procesos. La solución tradicional fue referir estas cuestiones inaprehensibles a la órbita de lo sagrado. El código mosaico y las leyes de Manu en la India son ejemplos característicos. Otros pueblos —los griegos entre ellos— introdujeron a los legisladores míticos —Licurgo, Solón— como complemento a la teoría religiosa. Para el racionalismo, la adscripción de las normas jurídicas a una voluntad sobrenatural, o a un legislador mítico, son simples admisiones de que la creación y evolución del derecho resisten eficazmente los asaltos de la razón humana. Y como tales, son inadmisibles.

¿Qué hacer, entonces? La solución racionalista es definitoria de la actitud vital que así designamos. El racionalista no es alguien que cree en la razón y se muestra, en virtud de

ello, eminentemente razonable. El racionalista es alguien que niega autenticidad y valor a todo lo que excede de la capacidad aprehensiva de la razón humana, de la razón matemática, y por ello resulta eminentemente irrazonable. El racionalista ha resuelto su problema ante la creación jurídica, estatizándola. Atención: la definición del contenido normativo del derecho ha sido función del estado desde que éste aparece en la escena histórica, como complemento de esa función estatal básica que es la aplicación coactiva de las normas; pero la **creación** de las normas y su variación por el estado, a través de asambleas legislativas, es una novedad histórica que no cuenta cabalmente dos siglos. Ninguno de los grandes sistemas jurídicos —el derecho romano y el **common law** son sin duda los mayores— fue elaborado de esa manera. La función de creación jurídica era una actividad de toda la sociedad, como la creación lingüística; una obra de cooperación anónima, multitudinaria, espontánea. Las sociedades, como ha dicho Ortega, segregan naturalmente su orden normativo. La función apropiada para el estado radica en la definición del contenido de las normas, como complemento de su aplicación coactiva. Pero esa definición era una tarea de conocimiento, apropiadamente encomendada a juristas —a los jurisconsultos en Roma, a los jueces en Inglaterra— y los ju-

**SUS PROBLEMAS DE COMERCIO
INTERNACIONAL Y SUS SOLUCIONES
SON NUESTRAS**

HUGO BONILLA

CORREDOR DE CAMBIO

**IMPORTACION • EXPORTACION
SERVICIO INTEGRAL DE COMERCIO EXTERIOR**

NUEVA DIRECCION

**25 de Mayo 470 p. 3 escs. 32 al 36
Teléfono 91 21 42**

ristas, por tanto, merced al examen de las costumbres y los precedentes, **desentrañaban** cuál era, sobre tal o cual caso, la norma aplicable, de manera semejante a la del lexicógrafo o el gramático, cuando se pronuncian sobre la corrección o incorrección en el hablar.

En virtud de que el mecanismo de creación espontánea del derecho es impenetrable para la razón matemática, el racionalismo la ha liquidado, y ha encomendado la función a los parlamentos, instituciones que la espontaneidad histórica de Occidente había desarrollado con fines enteramente diversos, que tienen que ver con el ejercicio del poder soberano del estado —sancionar impuestos, aprobar tratados, juzgar ministros— y jamás, como siglos y siglos de historia lo demuestran, con la función de aprehender el derecho con el intelecto ni con la de forjarlo con la voluntad. Y al así hacerlo el racionalismo nos ha metido en lo que parece un callejón sin salida, y al derecho lo ha sumido en una crisis tremebunda.

Con la economía corremos un riesgo muy semejante. El proceso de cooperación social espontánea que llamamos actividad económica, en un sistema de mercado, es demasiado complejo para resultar inteligible a la razón matemática. El mérito de los economistas clásicos consistió en construir modelos enormemente simplificados que volvían la actividad económica asequible a la razón. Al precio, como decía, de una simplificación drástica. El paso simplificador más audaz lo dio Adam Smith: fue poblar los modelos económicos de seres parecidos a hombres y mujeres, pero, a diferencia de éstos, perfectamente predictibles en sus comportamientos. Ha sido posible acomodar el altruismo dentro del **homo oeconomicus** —o digamos mejor, usando como Fritz Machlup el diminutivo encargado de recordarnos la simplificación radical que le engendró, el **homunculus oeconomicus**— pero no la compasión, ni la caridad, ni ninguna forma de autonegación. ¿Es una limitación significativa? No, al parecer. La ciencia económica se ocupa, como enseña Alfred Marshall, de los asuntos cotidianos de la vida; y el dejar fuera a la santidad y el heroísmo no parece afectar seriamente la capacidad predictiva que se deriva de los modelos.

En todo caso, eso concierne la teoría, no la **cosa** sobre la cual la teoría versa. Piense usted lo que quiera sobre la teoría; déjela, si le parece, a los teóricos, pero mire la realidad, consulte la historia, y cerciórese de que la **cosa** funciona; de que hay, efectivamente, un **orden espontáneo** que da sentido y coherencia a la acción no concertada de incontables agentes en el mercado. Más aún: aprecie cómo nuestra civilización, la civilización occidental, única hasta el presente que dejó florecer aquel orden espontáneo, fue también la única que consiguió, para el grueso de la población

de su ámbito geográfico, un nivel de vida por sobre la línea del decoro. Algo así como condiciones **humanas** de existencia.

Seguramente, el hecho de ser el que Robbins llamó **sistema de la libertad** el primero y el único que posibilitó ese resultado —condiciones humanas de vida para el grueso de la población— tiene que ser pertinente para decidir si la imputación de inhumanidad dirigido a sus defensores es o no justa. El destino material del hombre sobre la tierra, aun desde que inauguró hace seis mil años los primeros ciclos de civilización, ha sido en general de extrema pobreza para todos salvo unos pocos elegidos. En Egipto, en Sumeria, en China, en la antigüedad clásica grecorromana, en los centros civilizados de la América precolombina. El genio de Occidente limita el poder estatal, consigue la libertad individual, y el estado de derecho. De paso, conquista para las masas niveles insospechados de alimentación, salubridad y amenidad.

Y, sin embargo, las imputaciones no cesan, y son, irónicamente, de **inhumanidad**. Es como si dijeran: queremos un faraón, o un inca, o un **imperator**, que imponga un orden deliberado y consciente, e implante una justicia distributiva inspirada en normas éticas. Esto es lo que piden y, si no llegamos a ser más los que entendemos y apreciamos el sistema de la libertad, esto es probablemente lo que tendrán y tendremos. Y a lo que tienen en Rusia, ya lo tienen en Europa central, ya lo tienen en Cuba. Pero ¡guay! que con la generalización del sistema faraónico-incaico-imperial —lo que eliminaría la posibilidad del comercio con los capitalistas, y su crédito— la miseria volvería a abatirse sobre el mundo con desnuda brutalidad.

Esto no significa que yo esté afirmando que los que enderezan acusaciones de inhumanidad contra la economía de mercado sean todos marxistas. No lo son, muchos de ellos, en absoluto. Pero todos tienen un sistema común de pensamiento, el racionalismo. El racionalismo, que querría destruir el orden notablemente creador de la economía libre por el solo hecho de que sólo un orden dirigido por la mano visible del estado le resulta aceptable; el racionalismo, que se desentiende de los resultados y, mirando sólo las intenciones, encuentra moral querer un sistema de dirección deliberada de la economía, cuyo único desenlace posible sería la reimplantación de la hambruna generalizada en la integridad de nuestro planeta.

Esos son los que tachan de inmoral nuestra doctrina. Si Pascal tenía, como creemos, razón cuando decía "Esforcémonos por pensar bien: he aquí el principio de la ética", entonces, la única posición realmente inmoral es la **suya**.